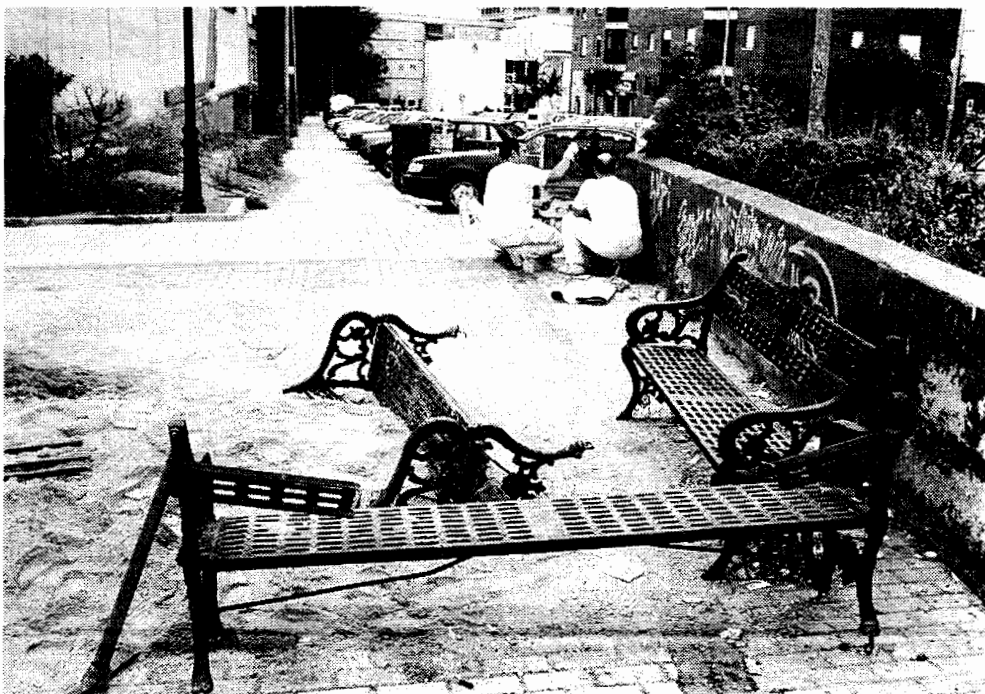


La alianza de los incivilizados

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«Los incívicos, los incivilizados, que todo es uno, se han aliado y trabajan con ahínco para crispar los nervios de tantos y tantos ciudadanos, que acaban bien aburridos, bien avinagrados con las autoridades»



NADA tiene que ver el contenido de este artículo con la propuesta del presidente Zapatero en la ONU, aunque el título sugiera una cierta puesta por pasiva de la misma. Ya veremos cuál es el resultado de esa 'alianza de civilizaciones', aunque me malicio su magro resultado. Me referiré a cuestiones más domésticas, entre las que me siento más seguro y donde, con certeza, puedo decir algo de más utilidad, si es que alguna tiene lo que sale de mi humilde pluma. Vamos a ello.

Es cierto que los grandes asuntos internacionales afectan a nuestra sociedad, algunos de ellos bien peligrosamente, puesto que amenazan la estabilidad y la prosperidad, como también lo es que las cuestiones nacionales o regionales de alcance repercuten con certeza en nuestras vidas, para bien o para mal. Pero no lo es menos que hay otras amenazas, de baja intensidad, casi nimias, pero muy cercanas, que, como alguien decía, «oxidán nuestra convivencia». Me refiero a los continuos comportamientos incívicos que hemos de soportar a diario, y que tan poco dicen a nuestro favor.

En efecto, los incívicos, los incivilizados, los inciviles, que todo es uno, se han aliado y trabajan con ahínco para crispar los nervios de tantos y tantos ciudadanos, que acaban bien aburridos, bien avinagrados con las autoridades: se pintarrajean las paredes, con o sin arte; se circula por la vías urbanas a velocidades desproporcionadas; se pasea a los perros sin cadena, sin bozal y, si se tercia, se les brindan las aceras para sus deposiciones; aparcamos en doble fila —«es solo un momento»—, aunque entorpecemos la circulación de otros muchos.

Hablamos a voz en grito por las calles y ponemos a toda marcha los equipos de música de los coches, que en ocasiones deben ser más costosos que el vehículo mismo, así que hay que lucirlos bien; ponemos las motos a escape libre, que así mola más; comemos pipas por las calles, y sembramos el pavimento de cáscaras, que para eso están los servicios de limpieza, y lo colmamos de bolsitas de plástico de las chucherías, que adornan mucho; ignoramos por completo las reglas de urbanidad —«¡qué cosa más caduca, Jesús!»—, y no cedemos el paso por la acera a las personas mayores, ni nos descubrimos esas modernas gorras que salen en las películas americanas, cuando entramos en lugar cubierto.

Llegamos al penoso capítulo del mobiliario urbano: este, como debe ser *res nullius*, se puede romper impunemente; los bancos, pape-laras, farolas, contenedores, cabinas de teléfono y, en fin, todo aquello que esté anclado en algún lugar de la vía pública, se rede-cora con spray o, simplemente, se destruye. Quizá las eminencias que encuentran en ello su distracción, piensen que estos elementos se pagan

solos, pero, por si no se habían enterado, los pagamos todos, incluidos sus papaitos.

En fin, para qué seguir. Estos comportamientos, que sufrimos todos y en todas partes, no necesitan de mayor exposición. Lo curioso es que es muy difícil acabar con ellos, por muchas campañas de mentalización que se emprendan. Y sé de lo que hablo, porque he sido concejal de seguridad ciudadana durante cuatro años, durante los que me he desayunado con frecuencia con todo tipo de barbaridades.

Pero, ¿qué es lo que está pasando? ¿A qué se debe esto? ¿Será acaso el signo de los tiempos? Espero que nadie me salga con que estos comportamientos son un desahogo contra una sociedad alienante, o alguna otra cosa similar, porque no me lo creo. Muchos de los que tanto destrozan no son alienados, son, simplemente, maleducados, mimados y consentidos, que se aburren porque todo lo han tenido en abundancia y con facilidad.

Creo que esto debe ser consecuencia de la

carencia de valores. Fallamos en casa, a la hora de inculcar a nuestros hijos el sentido del deber y probablemente, nos remate la faena el sistema educativo, hoy por hoy desarrollado frente al temporal de la carencia de interés, del abuso del derecho y de la mala cara. Esto es una pescadilla que se muerde la cola, y que nadie parece remediar.

Decía Marañón que "el hombre, como individuo o como pueblo, padece una crisis del deber y una hipertrofia del derecho". Creo que se puede aplicar perfectamente a la situación actual este pensamiento de los años treinta del pasado siglo. Y creo que tenemos que convencernos de que la vida de convivencia sobre la que se asienta la democracia, debe prescindir lo antes posible, por la vía de la educación estricta, y por la de la corrección severa, de estos abusos. El disfrute pacífico de nuestra libertad exige la ausencia de la tiranía de los gamberros.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal en Zafrá

pre se traduce en éxito entre nuestro público, que demanda continuamente poder repetir la experiencia. Alumnos y profesores refrendan nuestro trabajo y la oportunidad que nosotros les

sólo nos queda preguntar si esta actitud es hacia nosotros o hacia todo aquel que se acerca a la Junta en busca de respuestas a sus legítimas demandas.

Desconociendo casos particu-

Sobre condones

Andaba preocupada con la perra que han cogido los curas sobre el uso del condón cuando Fraga, al contar en el perío-

puestos de trabajo cobrando sueldos menos indignos.

Dolores Pérez Bejarano. Bada...

Gracias a Esteban